

Una forma de sustento en peligro

La pandemia de COVID-19 amenaza con agotar una fuente vital de ingresos de los países pobres y frágiles

Antoinette Sayeh y Ralph Chami

La pandemia de COVID-19 está devastando las economías de los países ricos y pobres por igual. Más aún, para muchos estados frágiles y de bajo ingreso, el shock económico se verá agravado por la pérdida de remesas, un dinero que envían a casa los migrantes y quienes trabajan temporalmente en países extranjeros

El flujo de remesas hacia los estados frágiles y de bajo ingreso representa una forma de sustento para los hogares y también aporta ingresos tributarios muy necesarios. En 2018, el flujo de remesas hacia estos países alcanzó los USD 350.000 millones, superando a la inversión extranjera directa, la inversión de cartera y la ayuda externa como fuente individual de ingreso más importante procedente del exterior (véase el gráfico 1). Una caída del flujo de remesas aumentaría la presión económica, fiscal y social sobre los gobiernos de estos países, que ya tienen dificultades para salir adelante incluso en épocas normales.

Las remesas son transferencias anticíclicas de ingreso privado; es decir, los migrantes envían dinero a sus países de origen cuando estos países experimentan un

shock macroeconómico. De esta manera, protegen a sus familias en casa frente a shocks de ingresos, respaldando y facilitando su consumo. Las remesas también financian las balanzas comerciales y son una fuente de ingresos tributarios para los gobiernos de estos países que dependen del impuesto sobre el valor agregado, los impuestos sobre el comercio exterior y los impuestos sobre las ventas (Abdih *et al.*, 2012).

En esta pandemia, el efecto negativo de la caída de las remesas exige una respuesta por parte de todos, no solo por el bien de los países pobres, sino también por el de los ricos. En primer lugar, la comunidad internacional debe reconocer el beneficio de mantener a los migrantes donde están, en los países que los acogieron, en la medida de lo posible. Retener a los migrantes ayuda a los países receptores a mantener y reactivar servicios básicos en sus economías y permite que continúe el envío de remesas a los países beneficiarios, aunque sea en un nivel mucho menor. En segundo lugar, los países donantes y las instituciones financieras internacionales también deben intervenir para ayudar a los países de origen de los migrantes no solo a luchar contra la

pandemia, sino también para amortiguar el shock de la pérdida de estos flujos de ingreso privado justo cuando los países frágiles y de bajo ingreso más lo necesitan.

La transmisión de los shocks

Las remesas son flujos de ingreso que sincronizan los ciclos económicos de muchos países beneficiarios con los ciclos de los países emisores. Durante las coyunturas favorables, esta relación es beneficiosa para todos: suministra una mano de obra muy necesaria para alimentar las economías de los países receptores y proporciona un ingreso muy necesario a las familias de los migrantes en sus países de origen. Sin embargo, este estrecho vínculo entre los ciclos económicos de los países de acogida y los países beneficiarios tiene sus riesgos. Los shocks a las economías de los países de acogida —precisamente el tipo de shocks causados por la pandemia del coronavirus— pueden transmitirse a las economías de los países beneficiarios de las remesas. Por ejemplo, para un país beneficiario que recibe un volumen de remesas que representa al menos el 10% de su PIB anual, un descenso del 1% en la brecha del producto (la diferencia entre el crecimiento anual y el potencial) tenderá a disminuir la brecha del producto del país beneficiario en casi un 1% (Barajas *et al.*, 2012). Las remesas representan mucho más del 10% del PIB para muchos países, encabezados por Tayikistán y Bermudas, con más del 30% (véase el gráfico 2).

La pandemia asestará un golpe a los flujos de remesas, que podría ser incluso peor al de la crisis financiera de 2008, y llegará precisamente en un momento en que los países pobres estarán luchando contra el impacto de la COVID-19 en sus propias economías. Los trabajadores migratorios que pierdan sus empleos reducirán el envío de remesas a sus familias. Los países beneficiarios perderán una importante fuente de renta e ingresos tributarios justo cuando más lo necesitan (Abdih *et al.*, 2012). De hecho, de acuerdo con el Banco Mundial, se espera que los flujos de remesas disminuyan en torno a USD 100.000 millones en 2020, lo que representa aproximadamente una caída del 20% respecto del nivel de 2019 (véase el gráfico 3). El saldo fiscal y la balanza comercial se verían afectados, y los países verían reducirse su capacidad de financiar y atender el servicio de su deuda.

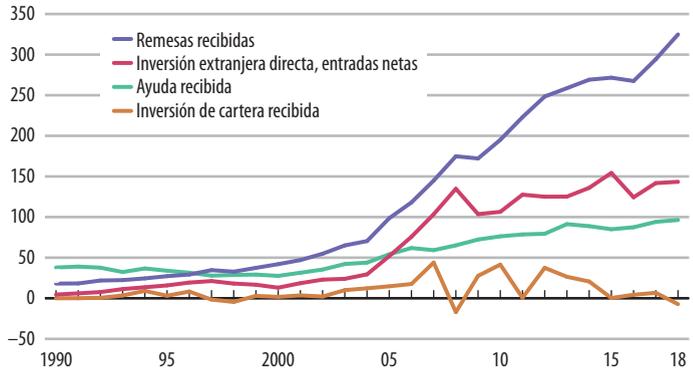
Los bancos de los países de emigración dependen de los flujos de remesas como fuente barata de financiamiento de depósitos, ya que estos flujos tienen una motivación altruista. Lamentablemente, es probable que aumenten los costos de las operaciones de estos bancos y que se reduzca notablemente su capacidad para conceder créditos, ya sea al sector privado o para financiar los déficits públicos (Barajas *et al.*, 2018).

Gráfico 1

Una fuerza estabilizadora

Las remesas son vitales para muchos Estados de bajo ingreso y frágiles porque les proporcionan un medio de sustento cuando atraviesan por un shock macroeconómico.

(inversiones recibidas por países pobres y frágiles: 1990–2018, en miles de millones de USD corrientes)

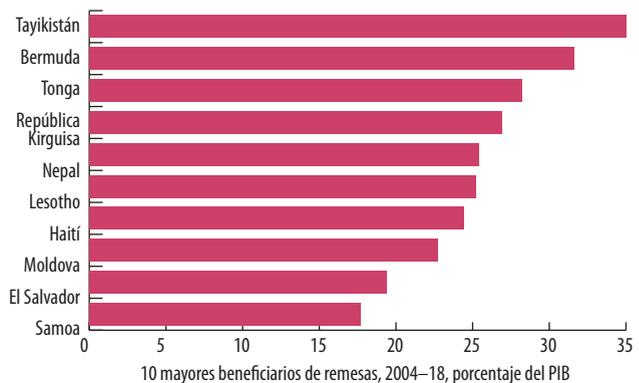


Fuente: Banco Mundial, Indicadores del desarrollo mundial.

Gráfico 2

Dependencia de las remesas

Los 10 mayores beneficiarios de remesas están situados en regiones diversas. Algunos reciben más del 30% del PIB por este canal.



Fuente: Banco Mundial, Indicadores del desarrollo mundial.

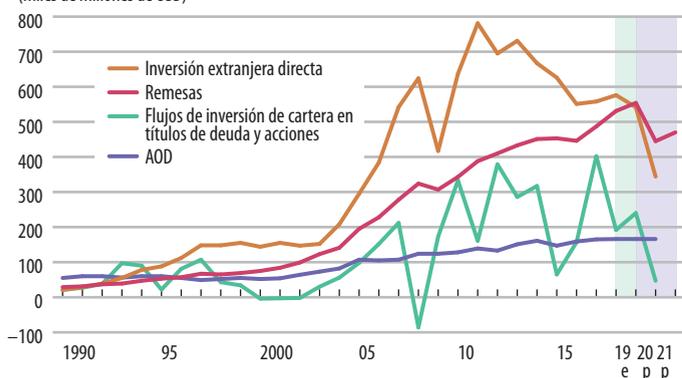
Además, el sector privado con restricciones habituales de crédito —principalmente los trabajadores por cuenta propia y las pequeñas y medianas empresas— probablemente pierda el financiamiento en forma de remesas, además de verse frente a condiciones financieras más estrictas de los bancos. Todo esto se sumará a una menor demanda de sus servicios y productos como resultado de la crisis.

Gráfico 3

Una caída abrupta

Se prevé que este año los flujos mundiales de remesas se reduzcan 20% debido a la pandemia, profundizando las penurias de las familias en los países pobres.

(miles de millones de USD)



Fuentes: Banco Mundial, Indicadores del desarrollo mundial, y Grupo de Análisis de las Perspectivas de Desarrollo del Banco Mundial.

Nota: e = estimación; p = pronóstico; AOD = asistencia oficial para el desarrollo.

Y esto no es todo. Una crisis prolongada podría empeorar la presión sobre el mercado laboral de los países ricos, y los migrantes sin empleo podrían perder su condición de residentes y verse forzados a volver a casa. Por ejemplo, en los Estados del Golfo, como Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, que dependen de los trabajadores migratorios de Oriente Medio, Norte de África y Asia sudoriental, debido a la caída en los precios del petróleo y la actividad económica los migrantes (algunos de los cuales ya están infectados con el virus) podrían tener que volver a su país. En sus países de origen, es probable que se sumen a los desempleados, en mercados laborales que ya están repletos de jóvenes sin empleo, y que añadan presión a los sistemas de salud pública ya frágiles. Esto podría aumentar la presión social en países escasamente preparados para hacer frente a la pandemia, y posiblemente también alimentar efectos de contagio más allá de sus fronteras. Quienes escapen de situaciones difíciles en sus países buscarán otras tierras, pero los países más ricos, también en plena lucha contra el virus, quizá tengan pocos deseos de acoger a inmigrantes, lo que podría llevar a una crisis de refugiados aún mayor.

Una amenaza global

En comparación con anteriores crisis económicas, esta pandemia presenta una amenaza incluso mayor para los países que dependen en gran medida de las remesas. La naturaleza global de esta crisis significa que

los países beneficiarios no solo verán cómo se paraliza el flujo de remesas, sino que, al mismo tiempo, experimentarán también salidas de capital privado y, quizás, una reducción de la ayuda de donantes en dificultades. Normalmente, cuando el capital privado abandona un país debido a un shock macroeconómico, ya sea relacionado con el clima o debido a un deterioro de los términos de intercambio del país, llegan flujos de remesas que alivian el impacto del éxodo de capitales. En cambio, en la crisis actual, los países pobres pueden experimentar ambos fenómenos, tanto salidas de capital como una caída de los flujos de remesas.

Ante el probable debilitamiento de la demanda mundial, para los países que reciben remesas será difícil depender de las exportaciones para salir de esta crisis. No pueden esperar que las depreciaciones cambiarias estimulen la demanda de sus exportaciones o atraigan turismo, ya que este shock es sistémico (Barajas *et al.*, 2010). La debilidad de las monedas posiblemente empeore la situación económica de muchos de estos Estados frágiles y de bajo ingreso endeudados en moneda extranjera, lo que deprimirá aún más la demanda local y derivará en una mayor contracción de la economía local.

¿Qué se puede hacer?

La crisis tiene el efecto singular de empeorar las restricciones fiscales de los países de bajo ingreso de emigración precisamente cuando el sector público tiene mucho más que hacer, tanto para proteger a la población frente a la pandemia como para ayudar a las economías locales a capear enormes shocks. La pérdida de ingresos tributarios derivada de la caída del consumo respaldado por las remesas solo empeorará las cosas para los gobiernos cuyos fondos ya son escasos, y afectará gravemente a su capacidad de poner en marcha medidas fiscales anticíclicas. Esto genera una urgencia extraordinaria de ayuda de la comunidad internacional, aun cuando los propios países ricos están haciendo frente a enormes cargas fiscales.

Redunda en interés de los países ricos que los migrantes *no* regresen a sus países de origen, así como ofrecer recursos a los países pobres para luchar contra la pandemia. Las tasas de contagio son mucho mayores en los países ricos y son especialmente altas entre los trabajadores migratorios debido a sus deplorables condiciones laborales y de vivienda. Los trabajadores que vuelven a sus países de origen corren el riesgo de llevarse consigo el virus. Si esto sucede, los países pobres serán un buen caldo de cultivo para el virus, que volverá a los países ricos cuando los refugiados busquen nuevas

La crisis tiene el efecto singular de empeorar las restricciones fiscales de los países de bajo ingreso de emigración precisamente cuando el sector público tiene mucho más que hacer.

tierras. Así, llevará décadas hasta que el mundo se vea libre del virus, que se cobrará muchas vidas.

Tres medidas clave deben adoptarse ya.

Primero, los países de inmigración deben estabilizar las oportunidades de empleo de los trabajadores migratorios en sus economías. Los programas de protección del empleo dirigidos a ciudadanos de los países ricos también pueden ayudar a que los trabajadores migratorios mantengan su trabajo. El Primer Ministro de Singapur, reconociendo la necesidad de proteger y estabilizar las condiciones de vida de los trabajadores migratorios, les aseguró recientemente que “nos ocuparemos de su salud, su bienestar y sus medios de vida. Trabajaremos con sus empleadores para garantizar que reciban su pago y puedan enviar dinero a casa. . . Este es nuestro deber y responsabilidad hacia ustedes y sus familias”. Los países receptores puede contribuir a mantener a flote el sustento que proporcionan las remesas y a reducir la probabilidad de que los migrantes vuelvan a sus países de origen.

Ampliar la protección a los migrantes también contribuirá a que las economías avanzadas recuperen antes su plena actividad productiva. Si los países receptores envían de regreso a los migrantes, a los países ricos les llevará aún más tiempo recuperar sus niveles de producción anteriores. En países como Estados Unidos, que dependen de los trabajadores de temporada, mantener a los migrantes dentro de sus fronteras y mejorar las pruebas de detección de contagios proporcionarían un doble beneficio: garantizar el suministro de productos agrícolas frescos en el país receptor y mantener las remesas en los países de origen de los migrantes.

Segundo, los países que reciban a los migrantes que regresan necesitarán ayuda para contener, mitigar y reducir la escalada de brotes de la enfermedad. Los países donantes deben contribuir al costo de mitigación del virus, en un esfuerzo por aliviar la gravedad de la crisis en las economías locales y prevenir posibles repercusiones. Los migrantes que regresan podrían generar una mayor presión sobre los sistemas de atención sanitaria de sus países de origen, que están bregando por contener los contagios locales y evitar una paralización de la economía local. Las autoridades de estos países necesitarán mejores pruebas de detección

en zonas urbanas, así como apoyo para implementar medidas de cuarentena para repatriados que estén infectados. Si el retorno de los migrantes se gestiona de esta manera, también podría haber beneficios a más largo plazo para sus países de origen. Los migrantes que esperan ser repatriados de forma permanente podrían traer consigo sus ahorros, y sus competencias laborales podrían beneficiar el desarrollo de sus países de origen.

Tercero, dado que los gobiernos de los países pobres tienen un margen de maniobra limitado, estos países necesitarán la asistencia de instituciones financieras internacionales y la comunidad de donantes. Las instituciones financieras internacionales deben reforzar la asistencia en respaldo de las finanzas públicas y la balanza de pagos de estos países. Esta asistencia debe orientarse a asegurar que en estos países las personas más vulnerables —quienes más dependen de las remesas para su consumo y bienestar— puedan acceder a programas de seguro social. Y, quizás ahora más que nunca, podría cobrar protagonismo el esfuerzo mundial para cumplir el Objetivo de Desarrollo Sostenible 10: reducir a 3% el alto costo de las remesas de fondos.

Esta crisis deja claro que, como comunidad internacional, todos, los países ricos y pobres, estamos juntos en esta tarea. O logramos que todos salgamos a flote, o tendremos que afrontar las consecuencias de una mayor desigualdad social. **FD**

ANTOINETTE SAYEH es Subdirectora Gerente del FMI y **RALPH CHAMI** es Director Adjunto del Instituto de Capacitación del FMI.

Referencias:

- Abdih, Y., A. Barajas, R. Chami y C. Ebeke. 2012. “Remittances Channel and Fiscal Impact in the Middle East, North Africa, and Central Asia”. IMF Working Paper 12/104, Fondo Monetario Internacional, Washington, DC.
- Barajas, A., R. Chami, C. Fullenkamp y A. Garg. 2010. “The Global Financial Crisis and Workers’ Remittances to Africa: What’s the Damage?”. *Journal of African Development* 12 (1): 73-96.
- Barajas, A., R. Chami, C. Ebeke y S. Tapsoba. 2012. “Workers’ Remittances: An Overlooked Channel of International Business Cycle Transmission?”. IMF Working Paper 12/251, Fondo Monetario Internacional, Washington, DC.
- Barajas, A., R. Chami, C. Ebeke y A. Oeking. 2018. “What’s Different about Monetary Policy Transmission in Remittance-Dependent Countries?”. *Journal of Development Economics* 134:272-88.
- Chami, R., E. Ernst, C. Fullenkamp y A. Oeking. 2018. “Are Remittances Good for Labor Markets in LICs, MICs, and Fragile States? Evidence from Cross-Country Data”. IMF Working Paper 18/102, Fondo Monetario Internacional, Washington, DC.